

al nacer. Poco a poco fue cerrando los ojos. Estaba en un sueño profundo del que nunca iba a salir, encontró la paz que tanto buscaba luego del accidente que lo destruyó.

Arturo se desplomó, no podía más. La consciencia solo hacía su trabajo.

Un sonido punzante asesinó el sueño de Arturo. Lo levantó de golpe, como si hubiese tenido una pesadilla escalofriante. Estaba sudoroso y jadeante. Al principio tenía miedo, pero luego se calmó y su respiración volvió a la normalidad. No quería levantarse, no quería vivir un día más en el mismo infierno.

—Cariño, es hora de levantarse. Debes asistir, es tu último día en el colegio.

EL HÍBRIDO

Fernando Moreno

La había conocido hace algunos días. Ella buscaba un lugar donde quedarse y mi casa era lo suficientemente grande como para dos o quizá tres personas, solo personas, tal vez una pequeña mascota, pero nunca nada como aquella monstruosidad. Su horridez aún habita en mis sueños y está ahí, persiguiéndome noche tras noche. Incluso he llegado a pensar que me he vuelto un orate, pero no, loco de amor puede ser, pero no orate, no.

Estaba tratando de arreglar algunas cosas en mi departamento cuando recibí una llamada. Por lo pronto era una voz femenina, dulce, suave. Se oía algo quebrada, como si hubiera estado llorando. Me preguntó cómo estaba organizado el espacio y le dije que se acercara para que pudiera contemplar las habitaciones. Le di la dirección y antes de colgar me comunicó que traería consigo una mascota pequeña y que vendría en algunos días. Dudé, pero acepté.

Al cabo de una semana sonó el timbre. Me acerqué al ojo mágico para asegurarme de que no fuera nada peligroso. Siempre he sido precavido, algo nervioso, pero nunca un demente o un loco.

—¿Sí? —dije.

—Buenos días, hace poco llamé para preguntar por este piso y...

—Un momento —no tardé en quitar las cadenas.

Era una chica muy guapa, no pude notar defecto alguno a simple vista.

Parecía amable, la descripción de su voz concordaba con su comportamiento. Todo estaba bien. Hicimos contacto visual, había algo en sus ojos que me aletargaba.

—Por favor, entre y póngase cómoda —dije cálidamente.

—Gracias. ¡Ah!, le dije que traería una mascota, pero está en el veterinario. Es pequeña, ya la conocerá.

—No se preocupe —y pensé que todo estaría bien.

Conversamos por un momento, así me cercioraba de que no me fuera a hacer daño. Le mostré cada habitación haciendo hincapié en su alcoba. Se veía entusiasmada y algo triste por momentos. Me dijo que trabajaba todos los días, menos sábado y domingo, y que su pequeña mascota no haría gran lío.

Se instaló la mañana siguiente. No tenía muchas cosas, pero lo que traía consigo contrastaba con mi falta de estilo para la decoración. Era tan moderna y yo tan chapado a los gustos por lo antiguo, por lo clásico. Conversamos hasta el ocaso, me resultaba muy interesante. Le pregunté si estaba involucrada en una relación, porque era preciosa, y me dijo que hace poco había tenido un altercado con su pareja, quien le dejó una cicatriz en la espalda.

Contemplaba su rostro, ya ni oía las palabras que salían de sus labios carmesí, solo movía mi cabeza a manera de afirmación. Daban casi las nueve de la noche cuando llamaron a la puerta estrepitosamente. Entonces sentí cómo la sangre de mis venas se enfriaba y el aire anunciaba muerte. "Ojalá sea mi bebe, aseguraron que si no lo embarcaban hoy, entonces sería mañana", dijo.

En efecto, cuando abrió la puerta estaba parado un hombre vestido de azul con el nombre de la veterinaria que había atendido a su mascota, sosteniendo un fólder y unas hojas que debía firmar, así que le pasé la voz a la muchacha. Salió y habló con el trabajador, preguntó si le hicieron la rebaja y el servicio completo. Firmó los papeles y le entregaron el animalito. Hasta entonces, solo avistaba la correa en manos de la dueña.

"Y aquí está mi engreído, mire...", siguió hablando, pero ya no le hacía caso porque no pude dejar de contemplar semejante atrocidad parada en la entrada de mi casa, persiguiéndome con sus ojos saltones y negros como la más oscura de las noches, mirando fijamente a los míos.

Nunca he tenido nada en contra de los animales, incluso he criado uno que otro, pero eran mascotas que se podrían calificar de normales. Sin embargo, lo que tenía frente a mí era una pesadilla viviente. Parecía un híbrido de qué sé yo, perro, gato, murciélago, gárgola. Incluso sentí por un momento cómo clavaba sus feroces garras en mi piel, desgarrándola y lamiendo cada gota de sangre que derramaba, empapándose en ella.

Estoy seguro de que eran sus ojos los que me ponían nervioso —porque siempre he sido un poco nervioso, pero nunca había llegado a tal grado de paranoia—. No pude dormir más de dos horas desde que esa desgracia aterrizó sus patas en mi alfombra. Cuando la noche caía pesada a los ojos de la gente, yo despertaba y, en medio de escalofríos, juro que sentía cómo me observaba.

Al quinto día ya no podía soportar su estadía un solo minuto más. Aún recuerdo cómo me levanté, respiré y caminé muy sigilosamente para evitar que la cosa se diera cuenta de mis acciones —aunque yo sabía que me miraba, día y noche—. El cielo apenas descubría una que otra estrella y había un cuarto menguante que me brindaba una luz tenue que casi no servía a mis ojos.

Con cada paso que me acercaba podía percibir más claramente su respiración. Me enloquecía, pero aun así debía proseguir con mi operación. ¿Qué loco actuaba con semejante sigilo en tinieblas? Cuando estaba

a mitad de camino me di cuenta de que necesitaba un arma para defenderme de lo que esta atrocidad pudiera provocarme. Tenía un puñal, escondido en la cocina, que era sumamente filoso.

Lo tomé y emprendí la ruta para terminar con mi suplicio. Con cada segundo que transcurría la noche era más gélida. Me abalancé contra la cosa y cerceñé sus miembros. Bañado en sangre y enceguecido por la ira me burló. Allí yacía la joven, desmembrada y con los ojos abiertos viéndome fijamente. La atrocidad me ve, ríe y escapa por la ventana.

ABELARDO Y ELOÍSA

Ximena Suárez Ponce

Cuando Abelardo le propuso escaparse el día de la clausura ella no dudó en decirle que sí. Con él se hubiera ido hasta el fin del mundo sin importarle nada. En realidad no había nada que importase más, ni la universidad en los Estados Unidos a la que su madre quería que asistiese, ni su sueño de ser arqueóloga, eso lo podría hacer después. Eloísa siempre había considerado que el amor es lo único que mantiene viva a la gente, y lo único por lo que vale la pena morir.

Cuando dieron las once, su madre salió con rumbo a la ceremonia de clausura de su colegio. Ella la vio marcharse desde un escondite y, despidiéndose en silencio, cogió su bolso y se fue. No debía llevar mucho, no vaya a ser que los vecinos se percataran y fueran a alertar a su madre antes de tiempo.

Abelardo la esperaba en el callejón de la vuelta. Se abrazaron, ambos con un nudo en el estómago, y partieron.

Al llegar a la playa sintieron cómo la brisa marina les calaba los huesos y sonrieron. La ansiada libertad, al fin. Eloísa sintió que su mundo empezaba de nuevo, ni las exigencias de su madre, ni su padre indiferente y sus ausencias constantes estarían más con ella. Sabía que Abelardo no sentía lo mismo. Tal vez la melancolía que reflejaba su mirada tenía que ver con su madre. Él nunca iba a admitir su angustia, pero ella lo haría feliz y los dos olvidarían su pasado para empezar de nuevo, juntos.

Levantaron castillos en la arena, corrieron hasta no poder más y jugaron a escribir sus nombres en la orilla, pero